

EXPERIENCIAS
DE
VIAJES DE IDA Y VUELTA

Y DE
SILBATOS CHINOS
CONTRA LAS AVES DE RAPIÑA

POR
JOSÉ MALAGOLI

Capitán de ingenieros del ejército italiano



Administración de LA PALOMA MENSAJERA
PABELLÓN DE LA SOCIEDAD COLOMBÓFILA DE CATALUÑA
Calle del Comercio, y Salón de S. Juan
BARCELONA



GIUSEPPE MALAGOLI

EXPERIENCIAS
DE
VIAJES DE IDA Y VUELTA

Y DE
SILBATOS CHINOS

CONTRA LAS AVES DE RAPIÑA,

POR

JOSÉ MALAGOLI

CAPITAN DE INGENIEROS DEL EJÉRCITO ITALIANO



Administración de LA PALOMA MENSAJERA
PABELLON CONTIGUO AL PALACIO DE BELLAS ARTES
—(Calle del Comercio)—
BARCELONA

Signor Presidente della Società
Colombosila di Catalogna.

Gentilissimo collega:

Non soltanto le permetto la traduzione in lingua spagnuola del mio opuscolo sull' esperimento di andata e ritorno da Roma à Civitavecchia e sui fischielli chinesi, di cui le trasmetto un esemplare, ma gliene sarò gratissimo, anche perchè si potrà in tal guisa divulgare un tal mezzo di corrispondenza che semplifica sensibilmente il servizio essendo pratico e forse più sicuro del mezzo normale mediante scambio dei colombi.

.

Mi comandi a sua volta e mi creda suo
obbligatissimo e devotissimo servo

Malagoli Giuseppe.

Roma 31 Agosto 1892.

VIAJES DE IDA Y VUELTA

I.

La utilidad de la paloma como mensajera, muy apreciada y utilizada en las épocas remotas, cayó en el olvido, ó poco menos, por mucho tiempo, pero volvió á ponerse en uso, y ya para no abandonarla seguramente, después de la guerra franco-germana de 1870, en la cual hasta los más profanos en la correspondencia por palomas, tuvieron que reconocer que era este el único medio para mantener en relación las ciudades sitiadas con el exterior, las naves en alta mar con las islas y continentes, y que puede servir ventajosamente en todos los casos en que faltan los medios de correspondencia.

Poco después de aquella época, todas las grandes potencias europeas, la última de ellas la Francia, instalaron palomares militares para no quedar desprovistas de un medio de correspondencia que otras poseían; pero en ninguna nación más que en Italia se tuvo la idea de examinar minuciosamente la paloma, analizarla por todos los medios, descubrir hasta dónde llega su inteligencia, para sacar de todo este trabajo algo más que el simple regreso á su nido después de haberla transportado á distancia.

En un artículo titulado *Experiencias especiales*, publicado en la REVISTA MILITARE ITALIANA en el mes de mayo de 1888, el autor de este escrito refutando con argumentos apoyados en hechos, las aserciones de los autores franceses y belgas más conocidos, demostraba que la paloma mensajera belga era apta para prestar buen servicio aun cuando el terreno estuviese cubierto de nieve y la temperatura á 10 grados centígrados bajo cero, y también que tan admirable ave tiene aptitud para hacer largas travesías y salvar las cordilleras, facultades todas, que equivocadamente se le negaban por los escritores mencionados, reproduciendo unos de otros razonamientos fundados en conjeturas sin comprobarlas prácticamente.

Ahora, destruyendo la falsa opinión de los que niegan la inteligencia á los animales, registraremos una nueva y no menos admirable facultad de ave tan rara.

Al tratar de las experiencias especiales á que antes nos hemos referido, no pudimos como hubiéramos deseado describir el *especialísimo* de la ida y vuelta de que ahora vamos á hablar, porque se estaba entonces llevando á cabo. Terminados ya todos los ensayos con el resultado favorable que nos habíamos prometido en vista de otra experiencia semejante intentada y conseguida en 1879, aunque á muy poca distancia daremos breve idea del método empleado para obtener nuestro intento.

II.

Ante todo conviene definir en qué consisten estos viajes de *ida y vuelta*.

Como saben todos, el servicio ordinario que presta inconscientemente la paloma, llevando cartas, órdenes, partes, etc., está basado en su instinto natural que la induce constantemente á regresar á su morada, donde antiguos recuerdos, la compañera, el nido, el alimento, todo ha fijado su afecto. En los viajes de ida y vuelta en cambio se obliga á la misma paloma,

que nunca se aleja voluntariamente de su morada propia, á separarse de ella para ir á otro sitio, que preventivamente se le ha dado á conocer, donde encuentra el agua y el alimento de que se ve privada en su propio palomar, para después regresar á éste. De tal modo la paloma lleva un despacho al marchar al sitio donde tiene la comida, donde es recibido y sustituido por otro que contiene la respuesta, la cual lleva en cuanto regresa á su nido.

De esta manera, con un solo palomar poblado por unas diez palomas amaestradas para este servicio especial, se puede tener constantemente en relación dos puntos, aunque uno de los dos esté cercado por el enemigo, y cambiar noticias cinco ó seis veces al día.

Para intentar pues la experiencia especial de que se trata, se eligió como objetivo Civitavecchia, que dista de Roma 65 kilómetros en línea recta. Recayó la elección en esta ciudad por ser su puerto el más próximo á la capital y punto estratégico de importancia, siendo por otra parte esta distancia la que nosotros creíamos que era la máxima á la cual la paloma podía trasladarse para volver á su ordinario palomar.

Hubo que establecer en las dos ciudades mencionadas dos palomares pequeños, cuyo aspecto exterior era próximamente igual.

El de Civitavecchia se estableció en el cuartel llamado *Il Quartierone*, lugar muy apropiado porque está elevado y á la vista del camino de Roma; el de esta capital se instaló en el local de la dirección de ingenieros en la calle del Quirinal, por no ser conveniente ponerlo en el Monte Mario (1), donde la presencia de las palomas pertenecientes al palomar militar allí situado, hubiera seguramente perturbado la experiencia especial que iba á intentarse.

En la duda de conseguir resultado en ensayo tan nuevo, á

(1) Monte Mario es una altura inmediata á Roma, situada á unos 3 kilómetros al norte del Castillo de Sant' Angelo, donde se ha construido uno de los nuevos fuertes que rodean á la ciudad,

distancia relativamente considerable, hubo naturalmente que usar de los medios más enérgicos que parecían propios para obtener lo que se intentaba. Se quería, en una palabra, tener la seguridad de que si el éxito no coronaba los esfuerzos, esto era debido á que las palomas no eran susceptibles de comprender lo que de ellas se deseaba, y no por haber descuidado algunos de los medios propios para dárselo á entender.

III.

Se procedió del modo que vamos á describir, operación por operación, para que resulte más claro y pueda servir de instrucción para los que quierano se vean encargados de hacer un amaestramiento de esta especie.

1.º En el mes de marzo de 1887 se pobló el palomar de Civitavecchia con cincuenta pichones de 30 á 35 días de edad, de modo que se podían considerar como si allí hubiesen nacido. Pasados los cinco primeros días, se les hizo salir del palomar para que empezasen á conocer los alrededores, y al décimo día todos entraban perfectamente sin que ninguno se quedase fuera.

2.º Después de un mes y medio, es decir á los dos y medio de edad, se les empezó á adiestrar por etapas sucesivas en la linea Civitavecchia-Roma, con objeto de que conociesen el camino que en lo sucesivo tendrían que recorrer para comer.

Las etapas fueron las siguientes:

S. Marinella.	9 kilómetros
S. Severa.	17 »
Palo.	32 »
Pontegalara.. . . .	46 »
Roma.. . . .	65 »

De una etapa á otra no se dejaba más intervalo que de dos ó tres días. Se empezó la educación de los pichones á la edad de sólo dos meses y medio y se les dejaron pocos días de descanso,

con objeto de poder terminar la educación antes de que las palomas sintiesen con demasiada vehemencia el estímulo de la procreación y evitar así que anidasen en Civitavecchia, de donde como veremos debían ser evacuados.

3.º Después de haber hecho repetir á los pichones el viaje de Roma á Civitavecchia, se les hizo permanecer primero un día, después dos y después cuatro y seis en el palomar de Roma, que debían más adelante tener como habitación definitiva. Dejándoles la salida libre, volvían cada vez á Civitavecchia. El objeto de este ejercicio era darles á conocer su morada permanente y además el camino que habían de seguir para ir desde Roma á Civitavecchia á comer. Cuando se vió que empezaban á familiarizarse con el palomar de Roma, se les estableció en él definitivamente. El transporte se verificó en junio, los pichones tenían por lo tanto cuatro meses y medio y empezaban á sentir el estímulo del amor que era lo que se quería para que pudiesen criar en su nueva y definitiva morada y le tomasen más afecto que á la primitiva de Civitavecchia, que se podía considerar como la de nacimiento. Los pichones que se instalaron eran treinta y seis porque once se habían extraviado en los viajes de educación y tres habían muerto.

4.º Educados como estaban á volver de Roma á Civitavecchia, cuyo camino conocían con tanta seguridad, hubo que tenerlos encerrados en Roma hasta que pusieron los huevos de la segunda cría. El 16 de Septiembre se les dejó en libertad, con todas las precauciones debidas y poco antes de anochecer, para que no se alejasen facilmente del palomar; sin embargo, ocho se volvieron á Civitavecchia y cuatro se perdieron, quedaron veinte y cuatro, doce machos y otras tantas hembras, pues se descartaron los regresados á Civitavecchia porque demasiado afectos á su palomar nativo, no era de esperar que se consiguiese hacérselo dejar voluntariamente para volver á Roma.

5.º Se esperaron otros veinte dias para que los pichones que habían quedado, tomasen un conocimiento completo del exterior del palomar y de sus alrededores y después, ya en octubre,

se empezó la educación en sentido inverso con las siguientes etapas:

S. Paolo.	8 kilómetros
Pontegalera. . . .	16 »
Palo.	30 »
S. Severa.	45 »
Civitavecchia. . .	65 »

También en esta educación la tropa mensajera sufrió nuevas disminuciones, así es que quedaron diez machos y once hembras, á los cuales se les hizo repetir el viaje de Civitavecchia cuatro veces y regresaron empleando por término medio cincuenta y seis minutos.

Hemos hecho la distinción de sexos, porque cuando se trató de hacer pasar hambre á los volátiles para obligarles á marchar á Civitavecchia para comer, se observó que no era posible someter á tal tratamiento á machos y hembras simultaneamente, para no sacrificar sus crías (1), que eran las que debían mantener vivo el afecto de los padres al palomar de Roma, aunque en él no pudiesen alimentarse. Se escogieron por lo tanto los machos, prefiriéndoles á las hembras, porque se les consideró como más robustos y menos empeñados en la cría.

6.º Los machos escogidos, ó por mejor decir, restantes, para llevar á término esta experiencia especial, fueron nueve, pues entre tanto se murió uno. Con un solo día de descanso, después del último viaje á Civitavecchia hecho en compañía de las hembras, se les hizo repetir dos veces el mismo, soltándolos como siempre en la estación del ferrocarril. Desde el día siguiente á la última suelta, se decidió que las pobres víctimas del experimento, no comerían más en Roma, sino solamente en Civitavecchia (2). Para dar á los machos una *gustata* (3) se les hizo

(1) Es sabido que las palomas si están privadas de comida, además de dejar morir los pichones, al cabo de dos ó tres días dejan también de empollar los huevos.

(2) Para hacer sufrir el hambre solo á los machos destinados al experimento, se les transportaba fuera del palomar, metidos en un cesto, cada vez que se distribuía comida á las palomas.

(3) Llama el autor italiano *gustata* á una ración de grano succulento ó de regalo, que se dá á una paloma hambrienta en un sitio dado, para aficionarle á volver allí otras veces. No hemos acertado á traducir este nombre con una sola palabra castellana y hemos preferido dejarle en italiano. (Nota del traductor).

estar dos días en ayunas en Roma, teniéndoles encerrados para que no saliesen á comer al campo, cuidado que se debía tener más especialmente que nunca en este momento, en que las palomas no sabían que en Civitavecchia había un sitio en que tenían comida á su disposición. Después durante ocho días casi seguidos, se les transportó al palomar de Civitavecchia para comer y en cuanto acababan, se les dejaba en libertad y volvían á Roma por la vía aérea.

Durante estos ejercicios dos palomas olvidándose de su familia de Roma, se quedaron por propia elección en el palomar de Civitavecchia, del cual no quisieron alejarse ni aún echándoles de él bruscamente. Fué por lo tanto necesario transportarlas á Roma y separarlas del grupo. Todas las demás, después de haber comido y tomarse una media hora de descanso, salían por la jaula de entrada, uno después de otro y emprendían el regreso á su morada, á la cual llegaban con la velocidad ordinaria.

En el curso de estos ejercicios, era necesario sin embargo, observar atentamente las tendencias de los volátiles, mientras estaban comiendo en Civitavecchia, para que no entrasen en tentación de quedarse en aquel palomar, que habían habitado antes, y donde encontraban en abundancia el alimento que en tantos días se les había negado en Roma y tampoco se les debía hacer desagradable el sitio donde en lo sucesivo debían ir á comer por sí mismas. En una palabra hubo que procurar que los dos afectos se mantuviesen equilibrados, preponderando muy ligeramente hacia el palomar de Roma. Gracias á estas observaciones, se obtuvo que solo dos se quedasen en Civitavecchia, como ya se ha dicho.

Debe reconocerse que estas palomas se encontraban en las mejores condiciones para corresponder á nuestros esfuerzos, puesto que conocían ya de antes el palomar de Civitavecchia por haberlo habitado casi cuatro meses, mientras se encontraban en aquel momento con mas afecto al de Roma, donde moraban cerca de seis y tenían la compañera y el nido, conocían la vía aérea de Roma á Civitavecchia en los dos sentidos por haberla recorrido muchas veces; además, y es lo que nos parece más

esencial, debían haber comprendido que el palomar de Civitavecchia era el único lugar donde podían encontrar comida, puesto que hacía doce días que no encontraban alimento en Roma y se les transportaba á Civitavecchia para comer. En este momento, como se comprenderá fácilmente, nuestra conciencia estaba completamente tranquila, pues no se había omitido nada de lo que pudiese conducir á que las interesantes aves comprendiesen lo que de ellas se quería, y contando con la inteligencia excepcional de esta raza de palomas, parecia que podía abrigarse la seguridad de que habían entendido lo que habían de hacer. No nos engañamos en efecto.

En la convicción firme de que habíamos puesto todos los medios por nuestra parte, formamos el propósito decidido de que las palomas fueran voluntariamente por la via aérea á comer en Civitavecchia, ó las dejaríamos morir de hambre. A decir verdad, sin embargo, este propósito no se hubiera cumplido probablemente, primero á causa de nuestro cariño á estos animalitos, que nos hubiera impedido dejarlos morir de hambre y segundo porque si al cuarto ó quinto día de ayuno (1) no hubiesen emprendido la marcha, hubiera sido inútil prolongarlo, porque no hubieran estado en aptitud de soportar las fatigas de un viaje de 130 kilómetros, ó sea la ida y la vuelta.

7.º Hablemos por fin de la séptima y última operación, que fué la decisiva.

Hemos visto por cuales y cuan pacientes operaciones se había debido pasar para llegar á hacer comprender á las palomas nuestro deseo. No quedaba ya más, que continuando en negarles el alimento en Roma, dejarlas de transportar á Civitavecchia, para que ellas mismas se fuesen por el aire.

En los primeros días de ayuno, se las dejó salir libremente junto con las otras no sometidas al experimento. Las hambrientas iban buscando las pobres por los tejados, alguna sustancia,

(1) La paloma mensajera belga resiste hasta seis días sin comer, con tal que pueda beber. Esta resistencia varia segun la robustez, carnes y costumbre de ayunar de cada individuo, porque las palomas cuando les falta el alimento consumen su grasa y después la carne y no dejan de vivir hasta que casi se han quedado en los huesos.

simiente ó yerba que picar, pero nada ó casi nada encontraban, lo que nos hacía esperar con confianza el éxito. Llegó el tercer día de abstinencia y todavía no se decidían las palomas á partir, lo que por un instante nos hizo desconfiar del resultado.

A la mañana siguiente, ó sea la del cuarto día, se dejó salir sólo á las palomas hambrientas, en la duda que después se convirtió en certeza, de que la presencia de las otras fuera del palomar, ó peor aun volando con ellas, contribuía á que no se decidiesen á emprender el viaje. Ahora ya solas, fueron excitadas á volar y en efecto volaron unos veinte minutos y empezaron á inclinarse, en dirección á Civitavecchia, pero vinieron después á posarse en la cubierta del palomar. Animados por tan buenos indicios, se les dejó descansar unos pocos minutos y después, excitadas nuevamente á volar, para hacerles comprender que de todos modos se quería que se fuesen, se encaminaron de pronto, y como obedeciendo á una señal, hacia Civitavecchia. Fué para nosotros éste un momento de indescriptible emoción, casi como la que puede sentir un general al anunciarle que se ha ganado una batalla. Dos horas después el triunfo de esta batalla colombófila era confirmado por un telegrama del furriel de ingenieros, guarda del palomar de Civitavecchia, en que nos decía: «Siete palomas llegaron intervalos, regresaron habiendo comido.—Furriel Di Tommasi.»

Y en efecto, una hora después de recibir este telegrama, y tres contadas desde la partida de las palomas, vimos comparecer tres de ellas, después dos, luego otras dos, que apenas llegadas daban de comer á sus pichones y se ponían en el nido á empostrar los huevos.

IV.

Conseguido este primer resultado y continuando en darles libertad todas las mañanas, las palomas salían y sin detenerse emprendían el camino de Civitavecchia. He aquí el telegrama del segundo día: «A las 8 h. 20 llegó el número 273, á las 11 h. 10 llegaron 244, 282, 230, 266, 216, 257.—Furriel Di Tommasi.»

Pasado el cuarto día en que las palomas iban á comer á Ci-

vitavecchia, recobradas sus perdidas fuerzas y no sintiendo ya tan imperiosamente la necesidad de comer, único aliciente que les obligaba á alejarse de Roma, empezaron á interrumpir sus viajes, no haciéndolos más que un día sí, y otro no, así es que nos vimos obligados á formar dos secciones para obtener un viaje diario.

Ya seguros del resultado que deseábamos, quisimos hacerlo público, y puestos de acuerdo con el capitán ayudante mayor del octavo regimiento de infantería de guarnición en Civitavecchia, el señor Gaspar Bonatto, se empezó á transmitir, primero uno, luego dos y por fin tres despachos diarios, confiado cada uno á una paloma. Los despachos fueron dirigidos al expresado capitán, al coronel del octavo regimiento de infantería, á la sección de ingenieros del ejército y al alcalde de la ciudad, todos los cuales contestaron por el mismo medio, muy sorprendidos de su novedad. Como curiosidad transcribimos el despacho enviado por medio de las palomas al alcalde de Civitavecchia y su respuesta.

«Al ilustrísimo señor alcalde de Civitavecchia. —Roma 18 de mayo de 1888. —El admirable instinto que guía á la paloma mensajera á través de las capas del aire y le permite volver á su nido desde miles de kilómetros de distancia, la fidelidad con que va á reunirse á su familia, la han hecho objeto en los últimos tiempos del más vivo interés, aunque tampoco se desdeñó en épocas remotas hacerla conductora de correspondencias, sacando así de ellas una utilidad grande é incontrastable, en especial en caso de guerra, donde las comunicaciones si no se cortan, se dificultan, donde á los medios de correspondencia ordinarios hay que substituir los excepcionales. —La propiedad de la paloma mensajera que hasta ahora se suponía la única que se podía poner en juego era la del regreso á la morada, después de haberla alejado de ella; pero fiando en la inteligencia del simpático correo alado, quise intentar un progreso enviando á la paloma portadora de un despacho á un lugar dado, de donde vuelva con la respuesta. —Tal objeto puede decirse está hoy conseguido, y desde hace algunos días, palomas que habitan en

»Roma hacen el servicio con esa ciudad llevando y trayendo
»despachos, como puede hacerse constar viéndolo.—Tanto el
»viaje de ida como el de vuelta se hace en menos de una hora,
«en que recorre el mensajero 65 kilómetros en línea recta. Des-
»de esa ciudad que con Roma forma los dos puntos de enlace,
»agradecería á V. S. un aviso de recibo, que se me envíe por el
»mismo medio.—Con perfecta consideración.—El capitán.—
Malagoli.»

Contestación:

»Ilustrísimo señor capitán Malagoli.—Roma.—Civitavecchia,
»18 mayo 1888.—Agradezco á V. S. el despacho que se me ha
»trasmitido por medio de palomas mensajeras y que he recibido
»á las 12 h. y 30 de la tarde. Lo conservaré en el archivo como
»testimonio del amable pensamiento que hacia mí ha tenido
»V. S. y de los magníficos resultados que los cuidados intelligen-
»tísimos de V. S. han conseguido en la ejecución de un servicio
»tan importante para nuestro ejército.—Reciba V. S. mis salu-
dos afectuosos.—El alcalde.—A. Simeoni.»

V.

Conseguido el objeto, se suspendió el experimento por quin-
ce días, para ver por cuánto tiempo las palomas recordaban el
palomar de Civitavecchia, haciéndolas comer de nuevo en Roma.
Transcurridos los quince días se les volvió á hacer pasar hambre,
y al cuarto día de ayuno, las palomas recordando perfectamente
que la comida que se les quitaba en Roma, existía en Civitavec-
chia, sin necesidad de excitación alguna, se encaminaron al pa-
lomar de esta ciudad, y volvieron siempre despues de haber
comido. La suspensión se extendió á treinta días con el mismo
buen resultado, pero no sucedió lo mismo cuando fué de dos
meses. Demasiado larga, sin duda, esta suspensión, las palomas,
aunque hambrientas, no quisieron ó no supieron ir á Civitavec-
chia. Continuando el ayuno para ver si por el rigor ganábamos
la partida, un día se marcharon, pero antes de trancurrir dos
horas volvieron con el buche lleno de comida cogida en el campo.

Desviadas de este modo de la educación recibida, se probó, aunque sin esperanza alguna de éxito, dejar comer á las palomas algunos días en Roma, y después sometiéndolas de nuevo al ayuno, se las llevó á comer por seis días consecutivos á Civitavecchia para que se olvidasen de que podían comer en el campo, pero todo fué inútil, porque después de tres días sin comer, las dejamos libres y se fueron de nuevo á pastar en el campo.

No nos quedó más recurso qué encerrar estas palomas para impedir que viciasen á los pichones y á las hembras que á su vez debían ser sometidos á la misma prueba.

VI.

Faltando los machos, se empezó la educación de las hembras, que como ya hemos dicho se habían separado y no se habían adiestrado al mismo tiempo que los machos, para evitar que se perdiesen las crías y faltase este atractivo para que las palomas volviesen á Roma.

La prueba con las hembras, además de tener el mismo objeto que la de los machos, debía servirnos como un segundo experimento, para probar si dada la no pequeña distancia de Roma á Civitavecchia era indispensable que las palomas que se sometían al experimento hubiesen habitado en Civitavecchia y hecha ya la educación desde Roma á aquel palomar, ó si se podía obtener el mismo buen resultado con palomas que no hubieran nunca habitado allí, ni tenido otra educación que la de Civitavecchia á Roma, condiciones en que se podía suponer á las hembras, por haber sido transportadas á Roma hacía veinte meses y no haberse movido de este palomar.

De las once hembras que había cuando se empezó la educación de los machos, dos murieron de enfermedad, así es que cuando les llegó el turno de educación no quedaban más que nueve.

Para abreviar, no describiremos detalladamente el procedimiento seguido al adiestrar á las hembras y nos limitaremos á dar en resumen el método.

El itinerario adoptado, fué idéntico al segundo citado en el capítulo III, y las palomas recorrían siempre velozmente el trayecto y volvían reunidas al palomar; sólo en el viaje de Santa Severa la banda debió ser indudablemente atacada por cazadores, porque una hembra no regresó y otra llegó con el buche acribillado de perdigones, sucumbiendo pocas horas después.

Las hembras repitieron varias veces, como los machos, la etapa de Civitavecchia, soltándolas primero en la estación y después en el palomar, llevándolas hambrientas y soltándolas después de haber comido. Se suspendió después el envío por ferrocarril, se las sometió al ayuno, y al cuarto día se dirigieron resueltamente á Civitavecchia por los aires y continúan todavía con regularidad sus viajes, de modo que en cualquier momento estarían en disposición de establecer la correspondencia.

VII.

Para los que, profanos en colombicultura, nos preguntasen qué provecho se saca de estos viajes de ida y vuelta, les diremos que con el método de correspondencia ordinario, se necesita cambiar palomas con los palomares de enlace, que aunque provistos de un número grande de viajeras, puede suceder por un cerco prolongado, ó por otras causas, que se tenga que recurrir á los globos aereostáticos para el transporte al exterior de la plaza bloqueada, medio expuesto á muchos peligros y de no seguro éxito, mientras que con el método de correspondencia especial descrito, no hay que temer, aunque dure mucho el sitio, el agotamiento de las palomas, que se pueden dividir en varias secciones que presten el servicio continuado. Otra ventaja consiste en poder por este medio mantener con pocas palomas, en continua relación los fuertes destacados que forman cordón circular alrededor de una ciudad fortificada, con un punto central, y prescindir así de los conductores subterráneos para líneas telegráficas y telefónicas, que imponen un gasto considerable de instalación y entretenimiento, y conseguir esto sin instalar en los fuertes palomares muy poblados, como se necesitaría por el sistema ordinario.

Desde 1879 sabíamos, por experiencias que hicimos en Ancona, que la paloma mensajera es susceptible de recibir educación apropiada para hacer viajes de ida y vuelta hasta cierta distancia, pero antes de realizar el experimento de que aquí hemos tratado, se ignoraba en Italia y en cuanto sabemos también en el extranjero, hasta qué distancia podía ser enviada á comer á otro punto para volver en seguida á su morada. Ahora podemos, con el apoyo de los hechos realizados, asegurar que se puede prestar este servicio hasta la distancia de 65 kilómetros.

Si se quisiera, se podría tal vez obtener un aumento de distancia, pero no creemos que sea muy grande, porque como hemos visto, las palomas participando de la tendencia común á todos los seres vivientes, de trabajar lo menos posible, no se decidían á partir sino obligadas por un ayuno rigurosísimo, á los cuatro días de abstinencia.

PITOS CHINOS.

VIII.

Al mismo tiempo que la experiencia anterior, se quiso probar otra de distinto género; el modo más propio para preservar á la paloma mensajera de los ataques de las aves de rapiña, como son el águila, el milano, el halcón, etcétera.

Varios autores nos cuentan que los chinos para preservar á las palomas de las aves de rapiña, que hay en abundancia en ciertas regiones del imperio, usan varias especies de pitos de muchos tubos, que asegurados en las plumas de la cola, producen mientras la paloma vuela un silbido muy fuerte, bastante, según dicen, para asustar á las aves rapaces. Estos curiosos instrumentos que son de corteza de bambú, se construyen con cierta elegancia y son de extraordinaria ligereza.

Habiendo conseguido adquirir cuatro de estos instrumentos, que nos ofreció con gran amabilidad el señor Emilio Balli, residente en Locarno (Suiza), que ha residido largo tiempo en Pekin, pudimos observar que el mayor, compuesto de trece tubos, el más grueso de ellos de dos centímetros y medio de diámetro, no pesaba más que siete gramos. Otro de siete tubos pesaba cinco gramos, y otro tanto uno esférico de cuatro centímetros de diámetro y el cuarto de tres tubos gruesos sólo pesaba tres.

Cada pito está provisto de una lengüeta de madera colocada debajo de los tubos. Para aplicarlo á la paloma, se atan juntas las plumas de en medio á un centímetro de la raíz; practicada

la atadura se hace pasar de arriba abajo, por en medio de las dos plumas; la lengüeta del pito, y en el agujero de que está provista se introduce un travesaño de madera, por debajo de las dos plumas, forzándolo de modo que no se pueda salir; se entiende que la abertura de los tubos, por donde se introduce el aire, va hacia la cabeza del ave.

Tratábase de experimentar si era verdadero el aserto de los citados escritores, de que el pito produce un silbido muy fuerte. Aplicados los cuatro instrumentos, del modo indicado, á otras tantas palomas y haciéndolas volar, los hechos correspondieron perfectamente á lo que se esperaba, puesto que el silbido producido era tan fuerte que se oía por los transeuntes, mientras las palomas volaban á una altura de 150 metros.

Hecho constar el silbido, se está ahora experimentando en los palomares de los Alpes, en cuyos alrededores se encuentran aves de rapiña, para ver si verdaderamente los pitos tienen la propiedad de hacerles emprender la fuga.

Roma, enero de 1889.

